

La fortuna de las instituciones culturales: la Biblioteca Nacional en sus comienzos

Por ya no ser, el pasado debe ser reinventado. Y en lo que a la historia cultural respecta, un peligro que vemos con demasiada frecuencia es la idealización nostálgica. A menudo, el fin de siglo se nos dibuja una época de glamour, que en el país se respiraba una verdadera pasión por las ideas, por las artes. En el espíritu, al menos, no estábamos tan alejados de los centros de civilización de occidente. Esta visión, me parece, expresa más bien nuestras ansiedades actuales, cierto sentido de devastación cultural heredado de la guerra civil, que la realidad concreta de aquellos tiempos. Al ser ésta explorada más con cuidado, es decir, al leer a trasluz sus documentos y acariciar a contrapelo sus vestigios, resulta más desalentador de lo que esperaríamos.

Esto salta a la vista al ver los primeros años de nuestras instituciones culturales. Un caso relativamente bien documentado es el que atañe a nuestra Biblioteca Nacional. Existe la creencia de que, con la destrucción casi total del acervo bibliográfico, resultado de la alianza espontánea del sismo de 1986 y la negligencia de los funcionarios de turno, se habría perdido la colección Lambruschini, la dotación con que se habría formado esta institución, en 1870, bajo el gobierno del doctor Francisco Dueñas. Esta magnífica colección de obras clásicas y sus comentarios sería expresión del alto nivel de sofisticación y familiaridad con la cultura universal de la élite salvadoreña de esos tiempos. Sin embargo, la abun-

dante recopilación de documentación que recoge Miguel Angel García, en el octavo volumen de su *Diccionario histórico enciclopédico*, nos muestra un panorama incómodamente familiar: arbitrariedad, falta de visión, retórica bombástica, falta de palabra, descuido¹. Todo ello habría contribuido a la destrucción de buena parte del acervo Lambruschini, menos de veinte años después de su adquisición.

En efecto, en 1868, durante el gobierno de Dueñas, se adquiere una colección de aproximadamente seis mil volúmenes, la cual habría sido propiedad del cardenal Lambruschini, Secretario de Estado de Gregorio XVI. De qué manera el gobierno salvadoreño habría adquirido esa colección no queda allí muy claro. Pero todo parece indicar que la colección era propiedad del general Federico Larraínzar, ciudadano mexicano. El documento que permite sostener esto es un reclamo que los herederos del mencionado militar presentan ante la cancillería mexicana. En efecto, consta el reclamo de Manuel Larraínzar al erario de la República de El Salvador por una biblioteca comprada en el año de 1868. En 1882 (29 de marzo) se firma convenio con Manuel Herrera hijo (embajador salvadoreño) para pagar, en seis plazos, de tres meses, la suma de 416 768.72 pesos. La diligencia del gobierno salvadoreño en adquirir la colección habría sido tal que, catorce años después de su compra, no se habría cancelado su valor.

1. Ver apartado dedicado a la Biblioteca Nacional de El Salvador, pp. 97-131.

Ignoramos cuáles pueden haber sido las razones para adquirir esta colección. Sabemos que estaba dotada de “todos los clásicos griegos y latinos, italianos, franceses, ingleses, alemanes y españoles” y de varias enciclopedias (García, p. 98). Es decir, una colección que expresaba, ya para entonces, una visión un tanto anticuada y —¿por qué no decirlo?— reaccionaria de la cultura, muy poco a tono con el espíritu liberal y positivo de finales del siglo XIX. ¿Sería esta expresión coherente de la ideología del partido gobernante? ¿O, simplemente, resultado azaroso de manejos turbios, cuya verdadera naturaleza hoy sólo le sea posible reconstruir a la ficción narrativa? Sea como sea, en artículos periódicos contemporáneos, hay voces que observan lo incompleta que es esta colección para formar una biblioteca nacional. Faltan obras científicas y “documentos, libros, periódicos y opúsculos de Centro América, todo lo relativo a la literatura de la América Latina y mucho aun del Viejo Mundo” (*ibid.*).

Pero no pequemos de ingratitud. Algo es algo, al fin y al cabo, seis mil volúmenes es mejor que nada, aun cuando muchos de ellos fueran anticuados tratados de teología en latín. Esta falta se habría podido subsanar con nuevas adquisiciones y donaciones. Sin embargo, al cabo de algunos años no sólo no se ha saldado la deuda con los Larraínzar, como hemos anotado, sino que se ha hecho muy poco por aumentar el acervo bibliográfico nacional. En una memoria oficial de 1876 se reconoce: “No le ha sido posible al Gobierno, por escasez de fondos, hacer el pedido de libros que proyectaba para enriquecer la Biblioteca pero esta es una necesidad que debe llevarse lo más pronto que sea posible”².

Este documento nos revela además otro hecho preocupante: “Poco frecuentado es hasta ahora este establecimiento” (p. 105). Aunque luego ensaya la siguiente explicación: “esto se debe principalmente a que son pocas las obras en español que contiene, siendo casi todas antiguas. Por otra parte, se sabe que el gusto por la lectura es propio de los pueblos avanzados, y entre nosotros empieza a formarse” (*ibid.*).

Forzoso es reconocer que la celebrada colección Lambruschini era un elefante blanco, una magnífica colección de comentarios clásicos, escritos

en lenguas que la mayoría del público lector potencial no dominaba; aparte del hecho de ser éste ya de por sí reducido y poco cultivado.

Otro problema más grave y fundamental de la Biblioteca Nacional es su limbo institucional. Pese a que, desde su fundación, se la dota de un reglamento y de promesas de fondos e infraestructura, hacia 1886, languidece, en uno de los salones de la Universidad Nacional. Así lo detalla, en una memoria, el diligente Rafael U. Palacios, cuidadoso bibliotecario, nombrado durante el gobierno del general Menéndez: “por falta de estantes, han estado los libros desde hace algunos años hacinados o puestos incómodamente sobre mesas, en estado de deterioro, por razón de la polilla, tan común en nuestro clima, dispersos los tomos de una misma obra y faltándoles con frecuencia su título” (pp. 106-107).

Bajo la dirección de Palacios se hacen los primeros intentos sistemáticos por organizar la Biblioteca. En primer lugar, se logra que se separe de la Universidad Nacional y que pase a depender directamente del Ministerio de Instrucción Pública. Según se observa en un artículo contemporáneo, con esta medida, el gobierno se propone hacer de la biblioteca: “una segunda escuela, donde todas las clases sociales encuentren los medios de ilustrarse sin grandes dificultades”... “Las bibliotecas en nuestra época son verdaderos establecimientos docentes: a ellas concurren el sabio, el médico, el abogado, el menestral, el ignorante y todos sacan provecho de esos centros civilizadores [...] Nuestra Biblioteca Nacional nunca ha llegado a tener tal importancia porque nunca ha sido vista por el Poder Supremo con toda la solicitud necesaria para elevar ese rango, resistiéndose, más bien, ya de la pobreza de volúmenes, ya de la mala reglamentación, ya del descuido de los empleados inmediatos; causas suficientes para que ella no haya correspondido ahora a los cultos fines de su constitución” (p. 111).

El gobierno de Meléndez se compromete a superar estos problemas para abrir salones de lectura, “a donde pueda concurrir toda clase de personas”. Porque la biblioteca se concibe con “un centro de instrucción popular”³. Otras medidas que se toman para darle cuerpo a la institución, bajo la solícita supervisión de Palacios, es dotarla de personal (un secretario y un mozo de servicio), de estantería

2. Memoria presentada por el Secretario de Estado en el Departamento de Instrucción Pública al cuerpo legislativo, en 1876, 22/01/1876. Reproducida en García, p. 105.

3. Ver nota del *Diario Oficial*, 222, 24 de diciembre de 1887. Reproducida en García, p. 111.

y de un reglamento adecuado. Es así, como en 1888, el día del aniversario de Francisco Morazán, la Biblioteca Nacional es reinaugurada, “más espacioso salón del piso bajo de la Universidad, que al efecto ha destinado el señor Rector...” (p. 107). Es un acto solemne, donde pronuncian discursos el Ministro de Instrucción Pública y el director de la Biblioteca.

En el discurso inaugural del Bibliotecario Palacios, se nos da la siguiente información: “Es no obstante, harto sensible que tanto por el lamentable descuido con que ha sido vista esta Biblioteca, como por las varias traslaciones locales que ha sufrido, se encuentran trucas multitud de obras importantes y se nota a primera vista la ausencia de las [obras] más modernas en todos los ramos del saber” (p. 118).

A la colección de Lambruschini, se ha sumado las de los doctores Álvarez, Bonilla (y otros). También se han sumado los volúmenes de “la extinta Sociedad *La Juventud* y con las preciosas obras que el gobierno ha remitido últimamente [...] El número de escritos nacionales es abudantísimo [...] Todos son composiciones ligeras, y la genuina expresión de la interminable lucha en que hemos vivido, causa eficiente para que muy pocos de nuestros compatriotas hayan dedicado su talento e inspiración a las obras de mayor aliento, que sólo aparecen a la sombra de la paz y en la calma de las pasiones. Hasta la fecha no está comenzado el arreglo de esa importante sección, pero confío que al concluir el corriente año, el público podrá consultar en ella todo cuanto ha producido y siga produciendo nuestra naciente literatura” (p. 118).

En la memoria del Ministro de Instrucción Pública, se nos agrega lo siguiente: “Lastimoso era el estado en que se encontraba nuestra Biblioteca Nacional. Desprovista de los muebles más indispensables y en desorden, yacía casi abandonada en un salón de la Universidad Nacional, sin provecho para el público” (p. 119).

Durante la administración de Menéndez, pues, se dan pasos importantes para consolidar institucionalmente la Biblioteca Nacional. Los documentos atestiguan, entre otras cosas, que se procede a la compra de 169 volúmenes a la Sra. Rafael de Caña, por los que se habría pagado la suma de 507 pesos. Asimismo, se habrían invertido 395.50 pesos

en dotarla de mobiliario adecuado. También durante este período se procede a la elaboración del reglamento y los catálogos, y se la dota de personal permanente, que “consta de un Bibliotecario, un secretario escribiente y un portero” (p. 119). Visible es la preocupación del nuevo régimen por darle viabilidad institucional a la Biblioteca. Para ello, su director cumple con celo sus funciones, entregando puntuales y detallados informes. Estos informes nos ayudan a tener una idea de varios aspectos concernientes a esta biblioteca, a la composición del público lector capitalino y de sus gustos y preferencias culturales. Asimismo, la obligación del depósito legal, nos hace tener una idea, si bien somera, de las publicaciones nacionales.

Repasemos algunos de estos datos. Veamos, en primer lugar, los relativos a la composición de la colección. Una de las primeras tareas de Palacios es hacer un detallado inventario del acervo de la biblioteca. En un informe de 1886 al Ministerio de Instrucción Pública, encontramos los siguientes datos⁴:



4. Informe de Palacios, reproducido en García, pp. 106-107.

Inventario

Materia	Títulos	Volúmenes
Teología y mat. Ecl.	250	843
Historia	291	882
CC. Médicas	295	471
CC Naturales	72	343
Geografía, viajes	81	287
Biblioteca <i>La Juventud</i>	249	417
3245 (2 999 sin clasificar)		

Faltan por clasificar 2 999 volúmenes y las siguientes secciones: matemática, física y química, ingeniería, filosofía, literatura, bellas artes, artes y oficios, pedagogía y miscelánea. Palacio termina el informe con las siguientes palabras: "Bien podría ser abierta al servicio público la parte arreglada, hace algún tiempo; pero no se ha hecho debido a que no ha sido posible que el carpintero entregue la estantería mandada a hacer" (p. 107). Información reveladora de la precariedad de recursos con los que se cuenta para echar a andar la biblioteca.

Hacia 1888, la biblioteca ya funciona normal y ordenadamente. Palacios elabora informes mensuales sobre la marcha de la institución a su cargo, haciendo énfasis en el progreso de lectores. Lamenta, eso sí, que el local "no haya sido frecuentado por la clase obrera, que tantos beneficios está llamada a recibir de este establecimiento, a mi juicio, contribuiría a formar el gusto del pueblo por la lectura, el hacer venir libros modernos en español que hacen falta". Nota también la necesidad de "aumentar una sala más de lectura. De esta manera se podría también formar una sala especial para señoritas" (pp. 119-120).

Para que nos hagamos una idea de los lectores de la Biblioteca Nacional, veamos la siguiente estadística que podemos reconstruir de los informes de Palacios, correspondientes a 1888⁵:

Mes	Lectores	
	En sala	A domicilio
Junio	150	18
Julio	112	16
Agosto	90	15
Septiembre	127	22
Octubre	125	25

5. Diversos informes, reproducidos en García, pp. 121-130.

El promedio de lectores mensuales anda, en sala, por encima de los 100 y quienes leen a domicilio, cerca de los 20. Aunque se tratase de lectores asiduos, no deja de sorprender lo exiguo de su número. Por el tipo de obras consultadas, es fácil deducir que muchos de estos lectores son estudiantes de la Universidad. Pero pongamos atención a la estadística de obra consultada, en los rubros más populares:

Mes	Obras leídas			
	Literatura	Historia	Medicina	Jurisprudencia
Mayo	113	29	61	n/d
Julio				
Agosto	138	105	89	n/d
Septiembre	54	54	n/d	30
Octubre	105			

Guardando alguna salvedad sobre lo que en ese entonces se entiende por "literatura", se nota que es el rubro favorito, entre los lectores de la Biblioteca. También la historia es un tema bastante visitado. Podemos suponer que los lectores de literatura e historia son lectores de "placer" o de "ocio"; en cambio, los lectores de medicina y jurisprudencia serían, casi seguramente, estudiantes o profesionales de estas carreras.

La fuente consultada no nos aporta datos posteriores a los presentados. Es de suponer que, a partir de entonces, la Biblioteca Nacional comienza a funcionar con cierta estabilidad y se convierte en una de las instituciones pivotes de la cultura nacional, en los años venideros. No podemos, sin embargo, ignorar sus azarosos comienzos y la efectiva negligencia con que los distintos gobiernos de turno, más allá de sus encendidas retóricas de educación y progreso, la trataron. Los libros en esos años fueron un bien escaso y caro, por lo que es obvio suponer que sólo personas muy adineradas podían darse el lujo de poseer bibliotecas personales mínimamente completas, por lo que un sistema de bibliotecas públicas era indispensable para fomentar y consolidar al incipiente público lector. Ya para entonces habría un contingente de lectores, no despreciable, en términos números, principalmente entre los sectores medios, aunque, al parecer, su fuente principal de consulta serán los periódicos y algunos libros, que circulan de mano en mano. La Biblioteca Nacional, según lo muestran las estadísticas, anteriormente

expuestas, apenas abastece a un grupo de tamaño exiguo. Estos datos son reveladores de lo quimérico que es suponer que en El Salvador de fines del siglo XIX, la cultura nacional se encontrase en un momento de esplendor y florecimiento.

RICARDO ROQUE BALDOVINOS
Jefe del Departamento de Letras
y Comunicaciones de la UCA

Bibliografía

García, Miguel Angel. *Diccionario histórico enciclopédico de la República de El Salvador*. Tomo VIII. San Salvador, Imprenta Nacional, 1947.



Inventario

Materia	Títulos	Volúmenes
Teología y mat. Ecl.	250	843
Historia	291	882
CC. Médicas	295	471
CC Naturales	72	343
Geografía, viajes	81	287
Biblioteca <i>La Juventud</i>	249	417
	3245	
	(2 999 sin clasificar)	

Faltan por clasificar 2 999 volúmenes y las siguientes secciones: matemática, física y química, ingeniería, filosofía, literatura, bellas artes, artes y oficios, pedagogía y miscelánea. Palacio termina el informe con las siguientes palabras: "Bien podría ser abierta al servicio público la parte arreglada, hace algún tiempo; pero no se ha hecho debido a que no ha sido posible que el carpintero entregue la estantería mandada a hacer" (p. 107). Información reveladora de la precariedad de recursos con los que se cuenta para echar a andar la biblioteca.

Hacia 1888, la biblioteca ya funciona normal y ordenadamente. Palacios elabora informes mensuales sobre la marcha de la institución a su cargo, haciendo énfasis en el progreso de lectores. Lamenta, eso sí, que el local "no haya sido frecuentado por la clase obrera, que tantos beneficios está llamada a recibir de este establecimiento, a mi juicio, contribuiría a formar el gusto del pueblo por la lectura, el hacer venir libros modernos en español que hacen falta". Nota también la necesidad de "aumentar una sala más de lectura. De esta manera se podría también formar una sala especial para señoritas" (pp. 119-120).

Para que nos hagamos una idea de los lectores de la Biblioteca Nacional, veamos la siguiente estadística que podemos reconstruir de los informes de Palacios, correspondientes a 1888⁵:

Mes	Lectores	
	En sala	A domicilio
Junio	150	18
Julio	112	16
Agosto	90	15
Septiembre	127	22
Octubre	125	25

5. Diversos informes, reproducidos en García, pp. 121-130.

El promedio de lectores mensuales anda, en sala, por encima de los 100 y quienes leen a domicilio, cerca de los 20. Aunque se tratase de lectores asiduos, no deja de sorprender lo exiguo de su número. Por el tipo de obras consultadas, es fácil deducir que muchos de estos lectores son estudiantes de la Universidad. Pero pongamos atención a la estadística de obra consultada, en los rubros más populares:

Mes	Obras leídas			
	Literatura	Historia	Medicina	Jurisprudencia
Mayo	113	29	61	n/d
Julio				
Agosto	138	105	89	n/d
Septiembre	54	54	n/d	30
Octubre	105			

Guardando alguna salvedad sobre lo que en ese entonces se entiende por "literatura", se nota que es el rubro favorito, entre los lectores de la Biblioteca. También la historia es un tema bastante visitado. Podemos suponer que los lectores de literatura e historia son lectores de "placer" o de "ocio"; en cambio, los lectores de medicina y jurisprudencia serían, casi seguramente, estudiantes o profesionales de estas carreras.

La fuente consultada no nos aporta datos posteriores a los presentados. Es de suponer que, a partir de entonces, la Biblioteca Nacional comienza a funcionar con cierta estabilidad y se convierte en una de las instituciones pivotes de la cultura nacional, en los años venideros. No podemos, sin embargo, ignorar sus azarosos comienzos y la efectiva negligencia con que los distintos gobiernos de turno, más allá de sus encendidas retóricas de educación y progreso, la trataron. Los libros en esos años fueron un bien escaso y caro, por lo que es obvio suponer que sólo personas muy adineradas podían darse el lujo de poseer bibliotecas personales mínimamente completas, por lo que un sistema de bibliotecas públicas era indispensable para fomentar y consolidar al incipiente público lector. Ya para entonces habría un contingente de lectores, no despreciable, en términos números, principalmente entre los sectores medios, aunque, al parecer, su fuente principal de consulta serán los periódicos y algunos libros, que circulan de mano en mano. La Biblioteca Nacional, según lo muestran las estadísticas, anteriormente

expuestas, apenas abastece a un grupo de tamaño exiguo. Estos datos son reveladores de lo quimérico que es suponer que en El Salvador de fines del siglo XIX, la cultura nacional se encontrase en un momento de esplendor y florecimiento.

RICARDO ROQUE BALDOVINOS
Jefe del Departamento de Letras
y Comunicaciones de la UCA

Bibliografía

García, Miguel Angel. *Diccionario histórico enciclopédico de la República de El Salvador*. Tomo VIII. San Salvador, Imprenta Nacional, 1947.

